

ALICIA RAMOS GONZÁLEZ*

'Zogerkes' en la sinagoga. Judías hablando desde la orilla de la diferencia

"Arriba, en la sección de las mujeres, gobernaba casi la oscuridad. Apenas si penetraban dos o tres rayos de luz a través de las pequeñas ventanas que había en el muro "oriental", dilatándose en diagonal sobre los otros muros [...]. Junto a una de estas pequeñas ventanas estaba sentada la única oyente, la mujer de *reb* Rafael, el juez, que había ido para recitar la *kedushah* y el *barkú* [...]. Sus ojos miraban fijamente la boca del estimado judío que estaba sobre la plataforma del atril, abajo... Se le [a ella] habían atrancado los versículos bíblicos y las enseñanzas rabínicas, que —como los trozos de pan duro en la casa de su marido— no eran nada fáciles de tragar para su boca sin dientes. Pero no importaba: se había traído el calcetín y el ovillo de hilo, y mientras tanto, allí estaba sentada, tejiendo. Movía la aguja de hierro una y otra vez sin calcular ni medir, sin ni siquiera mirar: se sabía de memoria el patrón del tejido, como la *kedushah* y el *barkú* que había venido a escuchar [...] Sólo un pálido hilo de luz llegaba arriba, al centro de la galería de las mujeres, móvil y errante según el movimiento de la llama de la lámpara que estaba ante el "arca", abajo".¹

* Instituto de Estudios de la Mujer. Universidad de Granada. E-mail: aramos@ugr.es

En las sinagogas de la Europa asquenazí a la sección de las mujeres (*ezrat nashim*) se le llamaba *vaybershul*. Desde allí se veía el *Ornkoydesh* o Arca Santa, dominando la arquitectura interior del Templo (*beysa-kneses*). Situada frente a la entrada, en la pared que miraba a Jerusalén -la oriental- el Arca, con tallas y grabados hebreos, guardaba, solemne, los Rollos de la Torá. Ante ella, una pesada cortina (*paroyjes*) y una lámpara (*neyrtomed*), siempre encendida como símbolo de inmortalidad. Generalmente, en el centro del recinto, la *bime*, una plataforma elevada donde se situaba el atril sobre el cual se desplegaban los pesados Rollos de la Torá para su lectura, y a los lados, a lo largo de los laterales, los asientos para la congregación -de hombres. El Arca, el atril y los demás accesorios rituales eran el centro -masculino- de la actividad principal del servicio de la sinagoga. En la periferia, las mujeres.

En muchas sinagogas había para las judías una sala especial o una galería o balcón, en la planta superior, con celosía. En otras, las mujeres estaban segregadas de los hombres por la *mejitse* (partición) que unas veces era una gruesa cortina y otras, una reja de hierro separando los asientos de los hombres, delante, de los de las mujeres, detrás. Las celosías o la *mejitse* se levantaban como una defensa, a través de la cual, las mujeres, servían -extramuros- como audiencia para la práctica religiosa masculina: oyentes pasivas de la liturgia hebrea de los hombres, todas escuchaban, pero casi ninguna entendía. Porque mientras que incluso los hombres más ignorantes podían leer hebreo, la gran mayoría de las mujeres eran incapaces de leerlo ni comprenderlo: la Lengua Santa había sido por siglos la lengua de la elite de los hombres eruditos y de la observancia religiosa masculina. Así que algunas mujeres -como la esposa del juez *reb* Rafael- eran capaces de recitar oraciones aprendidas de memoria -como el patrón de un tejido-, pero no de entenderlas -eran para ellas como trozos de pan duro difíciles de tragar.

La separación de hombres y mujeres en la sinagoga parece estar relacionada con un texto talmúdico que dice que, aunque a una

mujer le está permitido leer la Torá ante los congregados, los sabios afirman que no debería hacerlo “en consideración a la comunidad”.² Esto fue interpretado por algunas autoridades religiosas como una alusión a la distracción sexual que la voz de las mujeres podría provocar en la audiencia masculina: “la voz de una mujer es una trasgresión sexual...”,³ dice el Talmud. La *mejitse* impediría, pues, que la voz de las mujeres y su visión —“... El cabello de una mujer es una trasgresión sexual”⁴ distrajera a la congregación de hombres, pues como el mismo Talmud enseña: “La mujer es un odre lleno de inmundicia y tiene la boca llena de sangre, pero todos corren tras ella...”.⁵

Aunque no se sabe exactamente cuándo las mujeres comenzaron a ser segregadas en la sinagoga, la separación parece estar atestiguada ya en la época posbíblica, pues en la Mishnah podemos leer: “Al término del primer día de la fiesta descendían al atrio de las mujeres y hacían allí un gran preparativo...”.⁶ Referencias a que a los hombres y mujeres se les asignaban espacios separados en la sinagoga aparecen también en el Talmud y en la literatura midrásica. La división genérica del Templo se mantuvo a través de los siglos y la documentación muestra que en las sinagogas de la Edad Media las mujeres tenían una sala propia o bien se situaban en una galería en la planta superior. No fue hasta finales del siglo XIX cuando comenzó a desaparecer la *mejitse* de algunas sinagogas, a pesar de la desaprobación de las autoridades rabínicas que consideraban estos templos como no aptos para la oración.

El encierro de las mujeres en la sinagoga en una especie de gueto espiritual hizo que surgiera en la Europa del Este la figura de la *zogerke* o lectora —también conocida como *zogerin* o *firzogerin*. Una figura olvidada y desaparecida por completo en las comunidades judías actuales, de la cual el escritor hebreo Mendele Mojer Sforim nos proporciona en el siguiente fragmento una descripción reveladora acerca del importante papel que la *zogerin* jugó en la participación religiosa de las mujeres y del halo, casi mítico, que

rodeaba a la *zogerke*:

"Sarah, la madre de Shloymele, era frágil y delgada, con pequeñas manos cruzadas por venitas púrpura y el pálido rostro y los finos labios de una mujer piadosa. Parecía ser pura de espíritu, flotar en vez de caminar. Era una erudita que conocía todo tipo de *tejines*, oraciones de la Tierra de Israel y oraciones de Sarah Bas Tovim; estaba muy versada en las leyes de la masa, la menstruación y del encendido de las velas, los tres únicos preceptos que toda mujer está obligada a guardar, y leía libros como el *Tsena Urena*, *El candelabro de la luz* y otros semejantes. Era ella quien enseñaba a las mujeres cómo rezar: qué himnos recitar, cuándo levantarse, cuando quedarse de puntillas en la oración *kedushah*. En la galería de las mujeres de la sinagoga, guardaba un limón y otros remedios para reanimarse a sí misma o a las otras mujeres siempre que se sentía desfallecer. Y de hecho, apenas era posible evitar desmayarse cuando Sarah leía. Recitaba con tanta emoción que su melodía ablandaba el alma y tocaba las fibras del corazón. Cuando ella lloraba, todas lloraban con ella. Sus lágrimas habrían derretido una piedra".⁷

La *zogerke* era una guía de la oración en la sección de las mujeres. Debía ser una mujer más educada que el resto y con un profundo conocimiento del hebreo, ya que ella traducía las oraciones de la liturgia hebrea de los hombres que se desarrollaba en el centro de la sinagoga a la lengua vernácula -el yiddish-, la lengua de las mujeres,⁸ para que éstas pudieran seguir el servicio sinagoga, arriba o tras la *mejitse*. Por ello, normalmente, eran mujeres inusualmente eruditas que pertenecían a familias de hombres sabios y de gran linaje rabínico. Por lo general estas mujeres tenían una amplia formación en lengua y literatura hebreas, en Biblia, Midrash y Talmud, las materias que estudiaban los chicos en las escuelas primarias y de educación superior religiosas judías, a las que las niñas nunca tenían acceso. Pero, por lo general también, ellas se nutrían de esta educación masculina "encarceladas en la sección de las

mujeres”: en la sinagoga, que servía también como casa de estudio, estas judías se acercaban a los textos de la tradición igual que los demás chicos varones, pero desde el otro lado de la separación, porque tradicionalmente educar a las hijas en el estudio de la Torá y los demás textos sagrados era considerado un pecado. Por ello, la separación de géneros que la arquitectura del Templo imponía hacía que su aprehensión del Talmud o del Midrash fuera diferente a la de ellos, como diferente era su posición en el espacio de la casa de estudio.

Luego, estas sabias mujeres se dedicaban a reunir en su casa los días de diario a grupos de mujeres para leerles pasajes de la Biblia en yiddish, que todas ellas comentaban. Los sábados y días de fiesta, tras la partición, las *zogerkes* se dirigían a la congregación de mujeres y les enseñaba cómo orar; recitaban en voz alta del libro de rezos o leían oraciones que todas las mujeres repetían, con la misma entonación, sílaba por sílaba.

Si por un lado la *zogerin* hacía más pequeña la distancia entre la sección de las mujeres y el centro del servicio formal —donde estaban los objetos sagrados y los hombres desarrollaban la liturgia—, por otro, como líder de la congregación femenina en la sinagoga, marcaba la diferencia entre la participación religiosa de los hombres y la de aquellas que estaban al otro lado de la *mejitsa*. La *zogerin* no sólo leía y traducía las oraciones, también interpretaba los textos y los rituales, y los explicaba a su audiencia. Las mujeres confiaban en ella y le pedían que intercediera de su parte por pequeñas cuestiones personales, algunas veces de importancia, otras insignificantes, y la *zogerke*, como los rabinos, oraba en favor de ellas, intercalando entre las oraciones ruegos y súplicas individuales.

Pese al importante papel que jugaron durante siglos dentro y fuera de la sinagoga no hay aún estudios concretos sobre estas mujeres lectoras, recitadoras o narradoras cuya existencia, como atestiguan

algunos documentos y lápidas funerarias, podría remontarse a finales del 1100. Dolca, una cantora de himnos y oraciones, una piadosa e instruida judía que vivió en el siglo XII, en la ciudad renana de Worms podría ser, según un poema que su esposo —rabino y un destacado miembro de la comunidad judía de la ciudad— escribió en su honor, una de las primeras lectoras de oraciones en la sección femenina de la sinagoga. Como ella al parecer también fueron precursoras de las *zogerkes* en la Alemania del siglo XIII, Urania de Worms, Rijenza de Nürenberg y Guta bat Natán, que han conseguido colarse en la historia porque rezaban por las mujeres en sus hermosas oraciones. Aunque la figura de estas líderes parece haber traspasado las fronteras de la Europa del Este ya que en el siglo XVI ejercieron como tales en las sinagogas de Roma las italianas Anna d'Arpino y Déborah Ascarelli, siendo esta última la primera judía en conseguir que una oración compuesta por una mujer fuera incluida en un libro de oraciones oficial.

En el mismo siglo, pero en la Europa asquenazí, Rivka Tiktiner, una afamada judía polaca, predicadora itinerante y autora de libros piadosos para las mujeres, fue también una reconocida y respetada guía de la oración en la *ezrat nashim*, y un himno suyo, el *Simjes toyre lid*, muy conocido y cantado por las judías de Polonia y Rusia. Porque muchas de estas líderes de la oración de las mujeres, parece que gracias a su gran erudición, fueron autoras de himnos y libros religiosos, y debido a su inusual bilingüismo del yiddish y el hebreo, incluso algunas, reconocidas traductoras. Éste es el caso de Elis bat Mordecai, *zogerin* en Sluck, una ciudad en el distrito bielorruso de Minsk, quien en la introducción a uno de sus trabajos declara haberlo realizado para que las mujeres que recitan las oraciones en hebreo sin comprender lo que dicen pudieran rezar sabiendo el significado de las plegarias.

Reputadas *zogerkes* como Java de Praga (ss. XVI y XVII), nieta, hija, madre y abuela de grandes sabios de Israel, y una mujer con una extraordinaria erudición masculina, incluso redactaron sus pro-

pios comentarios a los textos bíblicos y rabínicos.⁹ Aunque, no obstante, lo que escribieron muchas de estas judías excepcionales, guías de la congregación femenina, fueron oraciones para dedicar a Dios tras la celosía junto con el resto de las mujeres. Plegarias femeninas e íntimas al Dios que imaginaban las mujeres como Sarah Bas Tovim, una *zogerin* natural de Podolia, cuya colección de oraciones *Shloyshe sheorim* (Las tres puertas) es quizá la más popular jamás publicada y su autora, Sarah, la más notoria también entre las recitadoras de la sinagoga que se conocen.

Hija de de una rica familia judía ucraniana que la educó mucho más allá de la norma para las mujeres, Sarah pasó su vida dirigiendo a la congregación femenina, traduciendo las oraciones del hebreo al yiddish y explicándolas en la sección de las mujeres, y en sus últimos años vivió en la miseria dedicada a ayudar a los demás. Por ello, esta *zogerin* se convirtió con el tiempo en una figura legendaria y su nombre se rodeó de un halo fantástico, casi mágico. Pero su verdadero legado son sus preciosos ruegos a Dios, personales y femeninos.¹⁰

Las oraciones privadas de las mujeres asquenazíes como las de la *zogerke* Sarah se llamaban *tejines* y bien es verdad que no siempre eran compuestas por mujeres, pero sí que estas oraciones, individuales, voluntarias y personales, siempre eran leídas por las judías en la esfera privada de la intimidad del hogar o en la esfera pública de la sección de las mujeres en la sinagoga; a veces, también, en el cementerio. Muchas debieron ser las *tejines* compuestas por *zogerkes* para ser recitadas en la sección de las mujeres, ya que en ellas aparecen fragmentos escritos en un estilo no tanto de oración como de sermón, que la lectora podría interpretar para la congregación femenina. En estos fragmentos, las *tejines* estaban escritas sobre el género de la construcción y la repetición, apropiado para que la *zogerke* fuera guiando a las mujeres en la oración, señalando aquellas partes que tras ella, la congregación debía repetir.

Las *tejines* eran preciosas composiciones a través de las cuales la mujer se acercaba a Dios de una forma íntima, para suplicarle o darle gracias. Por ello, casi siempre, estas oraciones eran recitadas en singular y las mujeres solían insertar su nombre al comienzo de la plegaria convirtiéndola así en una invocación personal a Dios. Escritas en yiddish y breves, aunque muchas no se publicaban -pasaban de las manos de una mujer a otra, como una herencia-, las que aparecían impresas (sin lugar ni fecha) se recogían en pequeños folletos de papel barato, con pequeños tipos de letra difíciles de leer y en una variedad especial de yiddish llamado *tejine-loshn* (lengua de las *tejines*).

Los temas de estas oraciones femeninas eran muy variados y no siempre estaban relacionados con acontecimientos religiosos y comunitarios del calendario judío; muchos giraban en torno a acontecimientos privados de la vida doméstica de las mujeres. Así, había “una bella *tejine* para decir en *shabbat* con gran devoción”, *tejines* que la mujer recitaba cuando salía de la *mitvé* (baño ritual), *tejines* implorando a Dios que aceptase la oración de la veneradora... Pero también había *tejines* que pedían a Dios por una huérfana el día de su boda, *tejines* que imploraban por una mujer parturienta, por una joven esposa con una estrella difícil para poder concebir, por un hijo enfermo, por la buena educación de los hijos, o porque el marido regresase pronto de su viaje, o, simplemente, para que no se les quemase la comida u horneasen un buen pan para el sábado. Incluso, *tejines* para que a una viuda le saliese un buen marido.

Las *tejines* eran pues minúsculos trocitos de las vidas de las mujeres que ellas santificaban. Eran oraciones de mujeres sobre aquello que importaba a las mujeres: su religiosidad doméstica y su mundo femenino privado. Y se dirigían a un Dios de mujeres, a un Dios al que ellas llamaban de Tú y amaban en femenino. Un Dios al que nombraban de forma diferente, ya que mientras que las plegarias de los hombres estaban dirigidas al Dios de “nuestros padres”, las de las mujeres que oraban en la *ezrat nashim* se dirigían al Dios de

“nuestros ascendientes”, un término sin connotaciones de género.

Sin embargo, las *tejines* al mismo tiempo que líricas, bellas, femeninas, eran un desafío directo a las definiciones masculinas de género ya que representaban un amplio rango de imágenes y preocupaciones compartidas por las mujeres que muchas veces no coincidía con el patrón femenino dibujado en los textos de los hombres. Si ellos recitaban en hebreo cada mañana “Bendito seas, oh Eterno, Dios nuestro, Rey del Mundo, que no me has hecho mujer,”¹¹ las mujeres en sus oraciones yiddish daban gracias y rogaban a Dios por todo aquello que rodeaba su mundo femenino, la familia y el hogar, y recitaban, “Nuestro Dios es uno, Tú eres mi Dios,/ que creó mi alma y mi cuerpo, ¡Aleluya!”

Pero también eran un desafío, porque aunque en muchas de estas oraciones se valoraban los roles tradicionales de las mujeres, del mismo modo algunos de ellos eran criticados, denunciando la exclusión de las mujeres del dominio, casi exclusivamente masculino, del estudio y la participación en la actividad religiosa. Y las mujeres en esta oraciones de la comunidad femenina volvían sus ojos a sus antepasadas, buscando una herencia de madres e hijas que habían sufrido y padecido como ellas, y con quien las orantes podían identificarse. En la liturgia hebrea, los hombres apelaban al mérito de los Patriarcas sin hacer mención a las madres bíblicas, que sin embargo, en las oraciones yiddish recitadas por las mujeres adquirirían un papel protagonista, como modelos de maternidad, de coraje, de mujeres que habían vivido vidas religiosas. Así que una gran cantidad de estas oraciones llevaban en su título referencias a las mujeres bíblicas, apelando al mérito de las Matriarcas o a las mismas Matriarcas.

Leah Horowitz, una importante autora de *tejines*, una judía con una impresionante y desacostumbrada educación talmúdica nada corriente entre las judías del Este de Europa en el siglo XVIII, y que demostró su apasionado interés por la marginación de la mujer

dentro del judaísmo y sobre todo en el campo de la educación, incluso firmaba sus oraciones con los nombres Sara Rebeca Raquel Leah, los cuatro nombres de las grandes madres de Israel. La *Tejine de las Matriarcas*, de Horowitz, es un bello documento que, sin embargo, en su época no pudo ser valorado en toda su importancia ya que el texto, aunque escrito en yiddish, contenía una compleja introducción en hebreo y una sección en arameo que era imposible que su audiencia femenina comprendiera. Leah Horowitz fue precursora escribiendo en hebreo para las mujeres. La escritora yiddish pagó su osadía con la retirada, después de las primeras ediciones, de la introducción hebrea donde la escritora reivindicaba el poder de las mujeres e intentaba legitimar su propia voz.¹²

Las *tejines* algunas veces también eran nuevas y diferentes lecturas de los textos y las fuentes tradicionales, una reinterpretación femenina de los mismos desde el otro lado de la partición. Por ejemplo, en la *Nueva tejine para el sábado*, su autora, Shifrah, hace una reinterpretación del por qué de uno de los mandamientos más importantes que las mujeres han de cumplir, el encendido de las velas los sábados. Ella explica: "Los sabios han dicho que debido a que Eva extinguió la luz del mundo e hizo oscurecer el cosmos por su pecado, [las mujeres] deben encender luces para el sábado". A lo cual ella responde con su propia interpretación: "las mujeres encienden dos velas en sábado no por el pecado de Eva sino como símbolo del descanso de este día santo en el seno de la divinidad y en la tierra".¹³

Aunque hoy ya no existen *zogerkes*, éstas fueron respetadas y admiradas, y ejercieron un cierto poder. Algunas de estas cantoras de himnos y oraciones alcanzaron fama por su erudición, sus hermosas *tejines* y sus valiosos sermones; la voz de todas ellas fue la luz que iluminó la galería de las mujeres en la sinagoga. Un día esa voz se apagó, pero sus herederas continuaron hablando desde la orilla de la diferencia, siguiendo a aquellas mujeres excepcionales que transgrediendo los límites de género se habían hecho escuchar y de las que ellas, extramuros, habían aprendido esa tradición *otra*.¹⁴

Algunas, como modernas *zogerkes*, fueron las líderes de la *congregación* femenina en la creación literaria de las mujeres judías. Porque al mismo tiempo que se transformaba el espacio de la sinagoga, en la literatura la experiencia y la palabra de las mujeres ocupaban la periferia y desde el otro lado de la *mejitse*, se escuchan como *oraciones* individuales y privadas rogando en nombre de una individualidad. Y entonces, después de las *zogerin*, la voz de escritoras como Débora Barón¹⁵ empezó a dar luz a estos nuevos guetos femeninos.

Como las antiguas *zogerkes*, Barón pertenecía a una familia de eruditos y de gran linaje rabínico —su abuelo y su padre eran rabinos— y tuvo una amplia formación en lengua y literatura hebreas, en Biblia, Midrash y Talmud, y como ellas también, se nutrió de esta educación de hombres “encarcelada en la sección de las mujeres”. Aunque Barón mostró en su obra una masculina erudición, sólo comparable con aquella que algunas autoras de *tejines* y líderes de la sección de las mujeres en la sinagoga demostraron antes que ella, igual que las antiguas *zogerkes* marcó la diferencia entre la participación de los hombres y la de las mujeres en su literatura y por ello su escritura siempre estuvo en los márgenes, separada de la corriente principal de su literatura.

Desde la periferia de la sección femenina de la literatura, Barón, conservadora y espiritual al mismo tiempo que rebelde y radical, utilizó la misma subversión de las *zogerkes* como expresión de su diferencia. Como las oraciones de las *zogerkes*, sus relatos son hermosos, líricos y femeninos, y como ellas sus historias estructuran las vidas de las mujeres en pequeños, mínimos acontecimientos, experiencias íntimas y espirituales: la huérfana el día de su boda, la recién casada, la mujer repudiada por su marido, la viuda desafortunada luchando por mantener a sus hijos huérfanos, la mujer maltratada... Pero también representan un desafío directo porque son relatos rebeldes y subversivos que empiezan a hablar *desde el otro lado*, releyendo los textos masculinos de la tradición y reinterpretán-

dolos con el estilo homilético heredado de su padre pero con una exégesis tan feminista que convierte su obra en un verdadero *mi-drash*¹⁶ femenino.

Como una *zogerke*, queriendo definir sus propios espacios y lo que verdaderamente marginaba a las mujeres, Barón también denunció la exclusión de las judías del estudio y de la participación en los rituales religiosos de los hombres. Pero como una *zogerin* moderna ella ya fue capaz al menos de imaginar nuevos roles para las mujeres. Por eso en una de sus historias, "*Kadishah*", es una niña quien asume el puesto de un hombre para recitar la oración del difunto por su abuelo. La plegaria del doliente por uno de los padres muertos y la persona que recita dicha plegaria —siempre el hijo varón— se llaman *Kadish*. La forma femenina del término empleada por Barón, *kadishah* fue una invención de la escritora hebrea que feminizó el término para, igual que hicieran las *zogerins* desde la *ezrat nashim*, reclamar así el derecho de las mujeres a formar parte de la comunidad y participar en ella, y derribar las imágenes femeninas construidas en la literatura de los hombres: una niña, abajo, en el centro de la sinagoga, leyendo en hebreo.

"Muchos ojos se clavaron en mí cuando entré en la sinagoga. Todo el mundo me miraba fijamente, con asombro. Por un momento dudé; mi vestido blanco resaltaba enormemente entre todos los caftanes negros. Pero ya estaba en el púlpito":

"*yitgadal veyitkadash shmey raba*".

"Mi corazón latía furiosamente..."

"Cuando salí de la sinagoga, un grupo de chicos me rodeó, señalándome todos con el dedo:"

"Eh 'tú'... '*kadishah*'... ja, ja, ja".¹⁷

Entre las herederas de aquellas mujeres que seguían a la líder de la oración en la sección femenina de la sinagoga, entre las escritoras yiddish que representan la primera literatura secular femenina de comienzos del XX, no sólo podemos encontrar a judías hablando como y desde el mismo lugar que las *zogerkes*, sino incluso viejos retratos de aquellas mujeres hechos desde la perspectiva de las mujeres y que algunas veces nos sorprenden porque no coinciden con esa imagen mítica y mística que de esta figura ha perdurado. En *La danza de los demonios*, la escritora yiddish Esther Kreytman,¹⁸ no sólo emplea la palabra *zogerke* para definir a una mujer con autoridad, sino que además la autora hace su propia interpretación, un tanto humorística, de ella:

"... Comienza la plegaria de la víspera de Yom Kipur y desde la habitación de las mujeres llega un débil lamento, seguido de un gran lamento procedente de los sitios "baratos" y "gratuitos" de las mujeres en la cocina. La del jersey de lana, que por cierto es su *zogerin*, grita como ninguna. Ella no recita, no, ella casi que le hace los coros al chantre de la sinagoga que está recitando la plegaria. Él es el barítono y la del jersey, la contralto. Las mujeres pobres, arregladas como es normal para los días de fiesta, ocultando con un delantalito blanco un traje muy usado y adornando con un lazo blanco una peluca con poco pelo, se apresuran a pegarse a la vieja judía, intentando repetir lo que ella dice, coger alguna palabra. Pero es imposible. Sin embargo, ella sigue gritando, armando un escándalo —¡Si no pegara tantos gritos!— y la siguen murmurando las oraciones que ellas mismas han creado y llorando cada vez que ella lo hace".¹⁹

El dibujo irónico de Kreytman tomado desde el punto de vista de las mujeres que seguían a la *zogerke* se torna dramático en la historia que nos brinda Rojl Brojes,²⁰ titulada precisamente *La zogerin*. Un retrato muy particular, ya que está escrito desde el punto de vista de una de aquellas mujeres que cumplía este rol tradicional en las comunidades judías asquenazíes. Brojes, una narradora cuya sutil

voz fue apagada en el gueto de Minsk y que destacó por sus historias sobre el mundo de las mujeres en la Europa del Este como hijas, esposas y madres, capta en su relato a la *zogerke* como mujer especial dentro de una comunidad de mujeres. Brojes nos enfrenta a la *zogerin* Gneyse, una "artista" frustrada que ha consumido gran parte de su vida y todo su genio creativo en componer oraciones y súplicas para otras mujeres, y ahora, cuando ya no puede más, se siente abandonada, maltratada injustamente por ellas y la vida. Frenética, reclama respeto, pero todos sus años entregados a la oración por las demás es como si sólo le pudieran dar ingratitud y, vieja y agotada, Gnesye parece haberse convertido a los ojos de las otras en la loca tras la *mejitsa*.

La *zogerin*

"He dicho que no, ¡ya está bien! Intercedí en su favor, lloré a moco tendido por ellas. ¡Basta! ¡He dicho que no! Que me quede muda si pronuncio ni una sola palabra más, ni siquiera mi nombre, Gnesye". Hablaba a gritos. Era *zogerin*, una muy buena *zogerin*, y por eso iba argumentando:"

"Señor del Universo, Bondadoso Padre, sólo Tú sabes cuánto he rezado, verano e invierno, no he faltado ni un sólo sábado, ni he escatimado una sola *tejine*. ¿Hay algo por lo que no haya implorado yo en su nombre? Riquezas, larga vida, disfrute de los hijos... Llega la festividad de la Luna Nueva que celebran las mujeres y mi corazón da un vuelco, se me ablanda el alma. ¡La Luna Nueva no es ninguna tontería! ¡Rezo por todo, por todo! ¡Lloro por todo! Mi corazón, mi corazón... De los Días de Temor ni hablemos. Terminó cada año de la sinagoga realmente enferma, ronca, loca, rendida. Si hubiera estado talando madera o cavando zanjas no habría trabajado tan duro. ¡No es ninguna broma lo de ser *zogerin*!"

"Tantas mujeres alrededor mía, a lo mejor más de veinte... el aire,

sofocante... el griterío... las discusiones y reproches entre ellas... Esta una que no oye, que está sentada demasiado lejos, que quiere estar más cerca; esta otra, que está demasiado cerca de la que está a su lado. Otra incluso piensa que la estoy ignorando, porque no me acordé de mencionar a su abuela en la oración en memoria de los difuntos. Ésta, que olvidé a su Khatskele; aquélla, que no recé por su Iserl".

"Protestaba furiosa en su pequeño cuarto, escudriñando afuera de forma extraña por debajo de las cejas, como si estuviera buscando algo. En uno de los extremos de un banco estaba sentado, intranquilo, su nieto, de unos once años, todo perplejo y asustado. ¿Qué le pasaba a la abuela? Estaba tan enfadada, de tan mal genio y echando pestes... Quería decirle algo, pedirle que no chillara ni llorara más. Se había dado cuenta de que sus lágrimas hoy no eran como otras veces, hoy eran diferentes. Levantó en silencio su delgada manita y la dejó caer de nuevo".

"El corazón le palpitaba a toda prisa. "Mejor habría sido caer enferma o muda que consumir mi vida rezando para que la gorda de Teme pudiera tener una casa magnífica y tantas tiendas; para que Shtishe, la hija de Faytl, consiguiera de yerno a un rabino y nietos tan buenos; para que la cerril de Tsipore sacara una herencia de diez mil. ¿Para quién no he rezado y por quién no he intercedido? ¿Y qué he conseguido de todo ello? Me daban un billete a la semana ¡y con eso basta! Me han pagado una auténtica miseria por no decir ni esta boca es mía. 'Toma, cógelo y calla, con esto tendrás suficiente'. ¿Te lo puedes creer?".

"Con la peluca torcida, los ojos inyectados en sangre y los labios echando espuma de ira, se daba aire con sus finas manos aquí y allá, estremeciéndosele todo el cuerpo".

"¿No les encontré un sitio a todas ellas? Llegaron a la casa de oración con esa preciosa Dina, tan alta y enorme, toda ella dándose

bombo. ¡Puaf! Entró de seda y terciopelo, con el cuello cubierto de perlas. ¡Menuda cosa! Y yo, la *zogerin* Gnesye, no sabía dónde sentarla... Y sollocé y recé de su parte, por la salud, por todo lo bueno y ¿qué me dio ella? ¡Calderilla, de lo más espléndida! Una moneda, con todo lo que he intercedido, con todo lo que he gimoteado... Sólo me dio una moneda y más nada. Ella, la rica, mientras yo, la *zogerin* Gnesye, Gnesye la pobre...".

"El niño se asustó aún más. Su abuela iba chillando de un lado para otro de la diminuta habitación. ¿Qué le pasaba? Quería decirle, 'a callar abuelita, no llores abuelita, tranquila abuelita', pero tuvo miedo. Se había pasado toda la noche levantándose del catre y yendo a su cama para despertarlo, hablándole a él y a sí misma, estaba tan enfadada que ni siquiera se había movido de allí para ir a cenar".

"Mira lo que me pasó un sábado", se quejó. "Era invierno y me dolían todos los huesos. Tenía la garganta tan inflamada que no podía tragar y me pesaban todos los miembros. Creo que cualquier persona se habría quedado en la cama descansando, pero yo no, no le presté atención a eso. Corrí a la casa de oración. Gemí, supliqué, y cuando llegué a las *tejines*, tan apasionada fue mi plegaria que me desvanecí por completo".

"'Calla abuelita, tranquila abuelita', dijo por fin el niño. Había unas mujeres en la puerta de entrada".

"'¿Qué sabes tú?', gritó ella, agarrando la mano del niño con la suya ardiente, con ojos claramente de loca".

"'Abuelita, para', suplicó él".

"Cállate; tú no sabes lo que pasa, no puedes saberlo. Todo esto no tiene nada que ver contigo. Pero sí conmigo. He llorado, le he suplicado al Todopoderosos y lo único que Él me ha dado han sido mis malditas lágrimas. Eso es todo, yo y mis plegarias, ¿me oyes,

Shmertsik? Yo y mis plegarias. Estás escuchando, Shmertsik, todas para mí. Y ellas a cambio me dan una monedilla, un churro, como a un pordiosero en una puerta. Toda mi vida, durante más de veinte años, he suplicado por ellas, por ellas he ayunado. Me olvidé completamente de mí misma. Yo soy pobre. No ves cómo llevo puesto esta vieja camisa roída... No ves que sólo tomo un mendrugo de pan seco... Y ellas viven en suntuosas casas y duermen en mullidas camas, y visten trajes de seda. Todo eso es mío, de mis plegarias duramente trabajadas durante más de veinte años".

"El niño quiso taparse los oídos para dejar de oír los improperios de su abuela, quiso esconderse para eludir su mirada".

"Oíste, Shmertsik, ¿me estás escuchando? Mis lágrimas, mis lágrimas de viuda alcanzaron los cielos, y todo por ellas. Shmertsik, mi niño, mi triste huerfanito, tú eres lo único que me queda de mis siete hijos. ¿Han querido ellas escuchar por lo que estoy pasando? He llamado a todas las puertas, pero, ¡no, eso no es asunto de ellas! ¡Todo lo que ellas tienen es mío, mío! ¿Estás escuchando, Shmertsik? ¡Mío! Esa Shtishe, la hija de Faytl, no me daría para alimentarte ni las sobras de la comida y la de Herse, Zlate tampoco me concedería un préstamo sin interés de la sociedad de beneficencia de la comunidad. Zundl, la hija de Teme ni siquiera quería matricularte en la nueva escuela. Fuí a ver a esa cerril de Tsiopore. Ante ella lloré a lágrima viva, le conté por qué estaba tan amargada, 'ten piedad, ayúdame con algo para mi pequeño, mi pobre huérfano', pero no tenía tiempo para mí. Estaba demasiado ocupada. En medio de semana ni siquiera admite que me conoce".

"Mamá, una vieja mendiga quiere verte, necesitará una limosna, le dice su hija. 'Una desconocida'".

"Le repito que madre no está en casa', dice enfadada la hija".

"El sábado, como es natural, se comporta de una forma totalmente

diferente, parece otra, se vuelve tan amable. Porque entonces ella me necesita a mí, a la *zogerin* Gnesye".

"Lora tú, intercede por mí, dice. 'Soy una mujer rica y mis lágrimas son tan preciadas como la plata'. Tengo que reservar mis ojos y mi corazón para lo bueno de la vida".

"¡No! ¿Estás escuchando, Shmertsik? ¡Ya está bien!".

"El niño estaba tan asustado que rompió a llorar, sollozando. 'Calla abuelita, tranquila abuelita', balbuceó. 'Abuelita, mira cómo nos miran fijamente todas las mujeres por la ventana y desde la puerta de entrada, ¿ves?'".

"Ella se quedó callada, pensativa, con la mirada ensimismada. Bajó la cabeza y su vieja cara arrugada perdió el rubor del enfado. De repente comenzó a ponérsele un color cadavérico. Las mujeres que estaban en la puerta y en la ventana poco a poco comenzaron a marcharse, cuchicheando y contándose secretos en voz baja. El niño casi se muere de pena. Estaban hablando de su abuela, pero él no sabía qué hacer, cómo tranquilizarla".

'Ah', dijo ella dirigiendo su mirada, airada y dura, al chico y transformando completamente su voz, ahora dura y llena de veneno. 'No', dijo de nuevo y dio un pisotón. 'No, ya van a ver éstas. ¿Me oyes, Shmertsik?' Seguiré rezando, seguiré llorando pero ahora imploraré por mí, sólo por mí. Suplicaré para que les sobrevenga un desastre, a todas ellas... Que son mis peores enemigas. Se llevaron mis oraciones, mis lágrimas, mis años... ¿Estás escuchando, Shmertsik? Todo lo que tienen es mío y yo voy a rezar para que vuelva a mí. Me oyes, Shmertsik, lo recuperaré. Todo. Me vengaré de ellas. Mi plegaria será una plegaria de venganza, ¿Estás escuchando, Shmertsik..."?'

'Calla, abuelita', gimió el chico. Fíjate cómo miran las mujeres,

asombradas, gesticulando con las manos.

"Shmertsik, ¿me estás escuchando? Pediré porque todo vuelva. Agotaré hasta la última de mis lágrimas. Imploraré a mi favor y con generosidad. Rezaré por mí misma. Estáis escuchando, mujeres, ya podéis empezar a interceder por vosotras mismas. Con la mano extendida, con voz furiosa y ojos coléricos, arremetió hacia la puerta. Las mujeres se apartaron".

'Cuidado', susurró una, 'cuidado'. 'La *zogerin* Gnesye ha perdido el juicio'. '¡Qué Dios nos ayude! ¡Bendito sea el Señor!'. 'Sería peligroso dejarla salir a la calle. Podría herir a alguien', dijo una tercera. 'El pobre nietecito'. 'Chist, chist que viene'.

"Pero ella se quedó en su diminuta habitación. Sólo su airada y vengativa voz siguió resonando a lo lejos, por todo el tercer piso".
(Rojl Brojes)

notas:

1. Débora Barón, "Agunah", en *Parshiyot*. Jerusalén: Mosad Bialik, 1968, 303-305. Todas las traducciones del presente artículo son de la autora.
2. Talmud de Babilonia Meguila 23a.
3. Talmud de Babilonia Berajot 24a.
4. *Ibid.*
5. Talmud de Babilonia Shabat 152a.
6. Mishná Sukkah V, 2. Véase Carlos del Valle (ed.), *La Mishná*. Madrid: Editora Nacional, 1981, 357.
7. Mendele Mojer Sforim, "Of Bygone Days", en Wisse, R. (ed.) y Scheindlin,

R. (trad.), *A Shtetl and Other Yiddish Novellas*, Behrman House, 1973, págs. 300-301.

8. En la Europa asquenazí el yiddish fue la lengua de la vida cotidiana y del hogar frente al hebreo, la lengua escrita de los hombres. Por ello estuvo fuertemente asociada con lo femenino, hasta tal punto que era conocida como *mame-loshn* (lengua de mamá). La literatura yiddish es quizá la única literatura en el mundo que durante siglos estuvo sostenida por un lectorado femenino y no masculino. Los hombres ignorantes que no sabían hebreo y por ello debían leer literatura yiddish, solían hacerlo en secreto, avergonzándose por leer “libros de mujeres”.

9. Véase Alicia Ramos, “Daughters of Tradition. Women in the Yiddish Culture (XVI-XVIII centuries)”, en *European Journal for Women's Studies* (en prensa).

10. Véase Chava Weissler, *Voices of the Matriarchs. Listening to the Prayers of Early Modern Jewish Women*. Boston: Beacon Press, 1998, 126-146.

11. Véase S. J. Bensabat, *Libro de rezos diarios*. Tetuán: Imprenta Minerva, 1951, 3.

12. Chava Weissler, *Op. cit.*, 104-125.

13. Más sobre las tejines puede consultarse en el ya citado libro de la doctora Chava Weissler y en Judith Plaskow, *Standing Again at Sinai. Judaism from a Feminist Perspective*. Nueva York: Harper Collins Publishers, 1991, 48-49 y Emily Taitz, Sondra Henry y Cheryl Tallan, *The Jps Guide to Jewish Women, 600 B.C.E.-1900 C. E.* Filadelfia: The Jewish Publication Society, 2003, 161-163.

14. Annette Kolodny, “Un mapa para la relectura, o el género y la interpretación de textos literarios”, en Fe, M. (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1999, 173.

15. Escritora hebrea y yiddish nacida en Ouzda, un pequeño pueblo judío en la región bielorrusa de Minsk, en 1887. Publicó su primer relato en el periódico hebreo de la Diáspora, Ha-Melits, en 1902. Nueve años más tarde emigró a Palestina donde continuó escribiendo y trabajó durante diez años como editora literaria de un importante periódico de Tel Aviv. En 1927, Barón

publicó su primer volumen de historias, al que siguieron otras colecciones de historias cortas. Déborah Barón fue una de las primeras escritoras hebreas.

16. Palabra hebrea que significa estudio, interpretación, investigación. Mi-drash es la literatura y los textos judíos compilados con el objetivo de extraer y explicar todos los aspectos o sentidos posibles de las leyes, preceptos y textos bíblicos, o proporcionar mediante narraciones y homilías un enfoque moral y religioso de las fuentes bíblicas. Toda la literatura midráshica ha sido producida por hombres, de aquí la importancia de los textos y análisis de las obras de Barón.

17. Débora Barón, "Kadishah", en Nurit Govrin, *Hamaj? asit harishonah: Dvora Baron, j? ayehah vsiratah*. Jerusalén: Mosad Bialik, 1988, 419.

18. Escritora yiddish de origen polaco. Nacida en Bilgoray en 1981, es una escritora anónima, oculta a la sombra de sus hermanos, dos importantes novelistas yiddish del siglo XX, Israel Yehoshua Singer y el Premio Nobel, Isaac Bashevis Singer. Autora de dos novelas, una de ellas autobiográfica y de un libro de relatos, fue una de las pocas voces narrativas de la literatura yiddish de entreguerras.

19. Esther Kreytman, *Der sheydim tants*. Varsovia: Bzhoza, 1936, 158.

20. Nacida en 1880 en Minsk, Bielorrusia, y en el seno de una familia humilde, recibió de su padre una educación religiosa. Aunque comenzó a escribir cuando aún era una niña, su vida y su carrera literaria están profundamente marcadas por la triste historia de los judíos rusos a comienzos de siglo XX. Brojes tuvo que trabajar durante mucho tiempo como costurera y no siempre pudo ver publicado su trabajo, gran parte del cual pereció con ella y con miles de judíos en 1943, en el gueto de Minsk. Véase Frieda Forman y Ethel Raicus "Rokhl Brokhes. Yiddish Literature in Translation", en *Bridges*, 7/2 (1998), 49-50. El relato que aparece en el presente artículo es la primera traducción de Brojes que se realiza al castellano y la tercera de una escritora yiddish. Las dos anteriores pueden consultarse en Javier Abad Ortega y Alicia Ramos González, "Esther Kreitman: *El nuevo mundo*", en *Raíces*, 44 (2000), 37-39 y Joan Ferrer i Costa y Alicia Ramos González, "Yente Serdatsky: Confesiones de una escritora comprometida en la literatura yiddish", en *Anuari de Filologia. Estudis Hebreus i Arameus*, XXIII/E 10 (2001), 89-117.